

CUENTOS DE CALLEJA

LOS CABRITOS Y EL LOBO

Castillo



UNA cabra vieja tenía siete cabritos y los quería como una madre quiere a sus hijos. Un día quiso ir al bosque a pacer; llamó a sus siete hijos y les dijo:

—Hijos míos, me voy al bosque; tened cuidado con el lobo, porque si entra, os devora a todos. El malvado se disfraza; pero le conoceréis por su ronca voz, por sus negras patas.

Los cabritos dijeron:

—Querida madre, márchate sin miedo; ya nos guardaremos del lobo.

La cabra vieja salió a buscar su comida. Al poco rato llamaron a la puerta, diciendo:

—Abrid, hijos míos; soy vuestra madre, que os trae algo bueno para cada uno de vosotros.

Pero los cabritos conocieron por la voz ronca que era el lobo quien llamaba.

—No queremos abrirte—dijeron—; tú no eres nuestra madre, que tiene una voz dulce y agradable, y la tuya es ronca; tú eres el lobo.

Entonces el lobo se fué a casa de un huevero, compró una docena de huevos y se los comió crudos para afinarse más la voz.

Luego volvió, llamó a la puerta y exclamó:

—Abrid, hijos míos; soy vuestra mamá, que trae algo para cada uno de vosotros.

Pero el lobo había asomado su pata negra por la ventana, y los cabritos, que la vieron, exclamaron:

—No abrimos; nuestra madre no tiene una pata tan negra como tú; tú eres el lobo.

Se fué el lobo entonces a una panadería y dijo al panadero:

—Me he dado un golpe en el pie; úntamele de masa. Conseguido su desec, corrió al molino y dijo al molinero:

—Echame harina sobre la pata y Dios te lo pagará. El molinero pensaba: «El lobo quiere engañar a alguien», y se negaba a hacerlo; pero aquél le dijo entonces:

—Si no lo haces, te devoro.

Entonces el molinero se asustó e hizo lo que le pedía.

¡Así son los hombres!; hacen a veces por amenazas lo que no consentirían hacer por ruegos.

Entonces el lobo volvió a llamar a la puerta por tercera vez, y dijo:

—Niños, abrid; soy vuestra mamá, que ha vuelto y trae algo bueno del bosque para cada uno de vosotros.

Los cabritos exclamaron:

—Enseñanos primero tus patas para que veamos si eres nuestra madre o no.

El lobo les enseñó la pata por la ventana, y cuando vieron que era blanca, creyeron que era su madre y abrieron la puerta. Pero quien entró fué el lobo.



Entonces los cabritillos se asustaron y querían esconderse. Uno saltó debajo de la mesa, otro se escondió en la cama, otro en la estufa, éste en la cocina, aquél en el armario, el sexto debajo del lavabo y el séptimo dentro de la caja del reloj.

Pero el lobo los encontró a todos y no guardó con ellos muchos cumplidos; los devoró uno después de otro, sin mascarlos siquiera para no perder tiempo; de modo que se los tragó enteros. Al único que no pudo encontrar fué al menor, que estaba dentro de la caja del



reloj. Después que el lobo hubo saciado su hambre, se marchó, se acostó debajo de un árbol en el prado y se durmió profundamente.

Al poco rato volvió la cabra del bosque. ¡Qué horrible espectáculo! La puerta estaba abierta; las mesas, sillas y bancos, por el suelo; la jofaina, hecha pedazos, y las mantas y almohadas fuera de la cama y extendidas por la habitación. Buscó a sus hijos, y no los encontró en ninguna parte; los llamó uno por uno, pero nadie contestaba. Por fin, cuando nombró al menor, oyó una débil vocecilla que decía:

—Querida madre, estoy en la caja del reloj.

Lo sacó, y el cabrito le contó que el lobo había venido y que había devorado a todos sus hermanos.

Fácil es comprender cómo lloraría la pobre madre la pérdida de sus hijos.

Llena de tristeza salió de la casa, y el cabrito corrió detrás de ella. Cuando llegaron al prado vieron al lobo que dormía a la sombra de un árbol, haciendo temblar las ramas con sus ronquidos. Le examinó por todos lados y vió en su abultada panza algo que se movía.

—¡Dios mío! —pensó la cabra—, ¿será posible que mis hijos, a quienes acaba de cenarse, tengan aún vida?

Mandó al cabrito a casa a buscar tijeras, aguja e hilo. Luego abrió al monstruo la barriga, sin que él se despertara, y apenas había dado un tizeretazo, uno de



los cabritos asomó la cabeza. Siguió cortando y salieron los seis, uno después de otro, sin haber sufrido el menor daño, porque la fiera, en su ansia, se los había tragado enteros. ¡Qué alegría! Todos cubrieron de caricias a su querida madre y saltaron y brincaron.

Entonces su madre les dijo:

—Id a buscar piedras, con las cuales llenaremos al infame lobo la barriga mientras esté dormido.

Los cabritos trajeron las piedras con toda prisa y le llenaron el vientre. Luego la cabra vieja lo cosió hábilmente, sin que el lobo lo notara ni se moviera.

Cuando el animal despertó levantóse y fué al pozo a beber agua, porque tenía mucha sed. Al andar, las piedras en su barriga, chocando una con otra, hacían mucho ruido, y el lobo, en extremo sorprendido, exclamó:

—¿Qué es lo que hace tanto ruido en mi barriga? Creía que eran cabritos y parecen piedras.

Cuando llegó al pozo, el lobo tuvo

que hacer muchos esfuerzos para encaramarse en el brocal, porque el peso de las piedras le entorpecía y apenas si podía hacer ningún movimiento. A duras penas lo consiguió; pero al inclinarse para beber, las pesadas piedras le hicieron caer al agua, y no pudiendo nadar, se fué al fondo donde se ahogó.

Los siete cabritos, desde una ventana de su casita, habían estado observando todos los movimientos del lobo, y apenas se dieron cuenta de lo que acababa de suceder, se acercaron corriendo, y con los mayores transportes de alegría, exclamaron:

—¡El lobo ha muerto! ¡El lobo ha muerto!

Y bailaban alrededor del pozo donde yacía su verdugo.

